

TEOLOGÍA DÉBIL Y PRAXIS ECLESIAL: ACONTECIMIENTO, HOSPITALIDAD Y VULNERABILIDAD EN EL HORIZONTE DE UNA IGLESIA EN SALIDA

WEAK THEOLOGY AND ECCLESIAL PRAXIS: EVENT,
HOSPITALITY AND VULNERABILITY IN THE HORIZON OF
A CHURCH WHICH GOES FORTH

GUILLERMO CALDERÓN-NÚÑEZ

*Facultad Eclesiástica de Teología
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso
guillermo.calderon@pucv.cl
<https://orcid.org/0009-0006-5382-7687>*

*Artículo recibido el 20 de febrero de 2026;
aceptado el 13 de mayo de 2026*

Cómo citar este artículo:

Calderón-Núñez, G. (2026). Teología débil y praxis eclesial: acontecimiento, hospitalidad y vulnerabilidad en el horizonte de una Iglesia en salida. *Palabra y Razón*, 29, pp. 81-104. <https://doi.org/10.29035/pyr.29.81>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Reconocimiento-No-Comercial-Compartir Igual 4.0 Internacional.

RESUMEN

Este artículo desarrolla un análisis teológico integral de la teología débil de John D. Caputo como una intersección decisiva entre la deconstrucción filosófica y la praxis eclesial contemporánea. A partir de la reinterpretación que Caputo hace de la deconstrucción derridiana, el estudio argumenta que el nombre de Dios se reinterpreta más allá del fundacionalismo metafísico, enfatizando su insistencia ética y eclesial mediante llamados a la justicia, la hospitalidad y la vulnerabilidad. Al confrontar la teología débil con la visión del Papa Francisco de una “Iglesia en salida”, el artículo muestra cómo la debilidad divina no implica deficiencia teológica, sino un poder transformador que desafía las formas eclesiales de dominación y clausura. Metodológicamente, el estudio adopta una hermenéutica del quizás, enfatizando la desontologización del lenguaje teológico y la reinscripción de la verdad como responsabilidad ética. El artículo aborda críticamente objeciones comunes a la teología débil, relativismo, nihilismo y erosión de la doctrina, demostrando que la propuesta de Caputo no implica la disolución de la fe, sino su radicalización. La conclusión sostiene que la teología débil proporciona un marco teológico coherente para una Iglesia vulnerable, hospitalaria y misionera, capaz de responder a los desafíos éticos y pastorales de la sociedad contemporánea.

Palabras clave: Teología débil – deconstrucción – hospitalidad – vulnerabilidad – teología radical.

ABSTRACT

This article develops an integrated theological analysis of John D. Caputo's *weak theology* as a decisive intersection between philosophical deconstruction and contemporary ecclesial praxis. Drawing on Caputo's reinterpretation of Derridean deconstruction, the study argues that the name of God is reinterpreted beyond metaphysical foundationalism, emphasizing its ethical and ecclesial insistence ethically through calls to justice, hospitality, and vulnerability. By bringing into dialogue weak theology with Pope Francis' vision of a “Church going forth,” the article shows how divine weakness does not imply theological deficiency but rather a transformative power that challenges ecclesial forms of domination and closure. Methodologically, the study adopts hermeneutics of *perhaps*, emphasizing the desontologization of theological language and the reinscription of truth as ethical responsibility. The article critically addresses common objections to weak theology—relativism, nihilism, and the erosion of doctrine—demonstrating that Caputo's proposal offers not the dissolution of faith but its radicalization. The conclusion argues that weak theology provides a coherent theological framework for a vulnerable, hospitable, and missionary Church capable of responding to the ethical and pastoral challenges of contemporary society.

Keywords: Weak theology – deconstruction – hospitality – vulnerability – radical theology.

1. Introducción

El cristianismo contemporáneo se encuentra atravesado por una doble crisis que interpela directamente a la reflexión teológica. Por una parte, la pérdida de legitimidad del discurso religioso en contextos marcados por la secularización, la pluralidad cultural y la sospecha posmoderna frente a toda pretensión de verdad fuerte; y, por otra parte, una crisis eclesial vinculada al ejercicio del poder, a los abusos de autoridad y a la dificultad de traducir el mensaje evangélico en prácticas históricas creíbles y hospitalarias. Estas dimensiones, epistemológica y eclesial, no pueden abordarse de manera separada, pues la forma en que se piensa a Dios condiciona profundamente la autocomprensión de la Iglesia y su modo concreto de situarse y actuar en el mundo.

En este contexto, las respuestas teológicas orientadas a reafirmar seguridades metafísicas, restaurar lenguajes dogmáticos fuertes o reforzar modelos eclesiales jerárquicos muestran un rendimiento cada vez más limitado. Lejos de resolver la crisis, suelen profundizar la distancia entre el discurso cristiano y las experiencias concretas de vulnerabilidad, sufrimiento y exclusión que atraviesan amplios sectores de la sociedad contemporánea. El problema no reside únicamente en una disminución de la influencia cultural del cristianismo, sino en la insuficiencia de determinados marcos teológicos para dar cuenta del Dios que la fe cristiana confiesa desde la debilidad, la cruz y la hospitalidad radical.

En este horizonte es donde la propuesta de la teología débil adquiere una relevancia particular. Inspirada en la deconstrucción filosófica y en diálogo crítico con el pensamiento débil, esta corriente no busca ofrecer una nueva ontología de Dios ni un sistema doctrinal alternativo, sino desplazar el discurso teológico desde categorías metafísicas de soberanía hacia el registro del acontecimiento que insiste éticamente en la historia. La afirmación “Dios no existe; Dios insiste” (Caputo, 2016, § 73), no debe leerse como una negación de la fe cristiana, sino como una crítica a la identificación de Dios con un ente supremo y omnipotente, proponiendo en su lugar comprender el nombre de Dios como llamada, promesa y clamor que solicita respuesta sin imponerse ni garantizarse ontológicamente.

Esta reconfiguración teológica tiene consecuencias directas para la comprensión de la Iglesia y de su misión. Si Dios no actúa mediante la fuerza del poder, tampoco la Iglesia puede legitimarse a través de estructuras de dominio, control o exclusión. En este sentido, la teología débil ofrece un marco conceptual fecundo para dialogar con la visión pastoral de una Iglesia en salida, caracterizada por la cercanía, la escucha y la opción por los más vulnerables frente a modelos autorreferenciales o defensivos. La debilidad de Dios no aparece aquí como una carencia, sino como un criterio hermenéutico y pastoral para discernir la fidelidad evangélica en contextos históricos concretos.

La tesis central de este artículo sostiene que la teología débil constituye una bisagra entre la deconstrucción filosófica y la praxis eclesial contemporánea, capaz de articular una crítica posmetafísica del lenguaje teológico con una propuesta ética y pastoral coherente. Lejos de conducir al relativismo o al nihilismo, esta perspectiva radicaliza la exigencia de responsabilidad al reinscribir la verdad teológica en el horizonte de la justicia y la hospitalidad.

Desde el punto de vista metodológico, el estudio adopta una hermenéutica del “quizá” (*theology of perhaps*), entendida no como un método técnico cerrado, sino como una disposición epistemológica y espiritual que asume la fragilidad del pensamiento creyente y renuncia a toda pretensión de clausura del sentido. A partir de este enfoque, el artículo examina las condiciones posmodernas que hacen posible la emergencia de la teología débil, desarrolla las categorías de acontecimiento, hospitalidad e insistencia divina, y explora sus implicaciones eclesiales, éticas y pastorales, con el propósito de mostrar su potencial como respuesta teológica significativa a los desafíos del cristianismo contemporáneo.

2. Posmodernidad, deconstrucción y debilitamiento de la metafísica

La emergencia de la teología débil no puede comprenderse al margen del giro posmoderno que ha marcado la filosofía contemporánea desde la segunda mitad del siglo XX. Dicho giro no se limita a una moda intelectual ni a un rechazo superficial de la modernidad, sino que expresa una crisis profunda de los fundamentos metafísicos que habían sostenido los grandes relatos de la razón occidental, a saber, la idea de progreso, la soberanía del sujeto, la universalidad de la verdad y la posibilidad de un fundamento último del saber.

Jean-François Lyotard describió este escenario como una “incredulidad con respecto a los metarrelatos” (Lyotard, 1979, § 4), subrayando la pérdida de legitimidad de los discursos que pretendían ofrecer una explicación totalizante de la realidad. Esta crisis no implica la desaparición del sentido, sino su pluralización, es decir, el reconocimiento de que todo conocimiento está mediado por contextos históricos, lingüísticos y culturales. La verdad deja de presentarse como posesión para convertirse en interpretación.

En este marco, la obra de Jacques Derrida resulta decisiva. Su crítica a la metafísica de la presencia apunta a mostrar cómo el pensamiento occidental ha privilegiado sistemáticamente la identidad, la estabilidad y la plenitud del sentido, relegando la diferencia, la ausencia y el devenir a un lugar secundario. Para Derrida (1972), la deconstrucción no busca destruir los textos o los conceptos, sino desarmar desde dentro las jerarquías que los estructuran, permitiendo que emerja aquello que había sido silenciado o excluido.

Uno de los aportes centrales de la deconstrucción consiste en revelar que ningún significado se cierra definitivamente. Todo texto está atravesado por la “diferencia” (*différance*), un diferir y diferenciar que impide la presencia plena del sentido. Este desplazamiento tiene consecuencias teológicas de gran alcance, pues cuestiona las representaciones de Dios asociadas a la omnipotencia, la autosuficiencia y la soberanía absoluta. Si el sentido no se agota nunca en una formulación conceptual total, tampoco puede Dios ser reducido a un objeto plenamente disponible para el pensamiento, sin que ello cuestione su realidad o su capacidad de darse a conocer. La fe cristiana confiesa, en efecto, que Dios es verdaderamente cognoscible, pero siempre en la forma del misterio que se revela y se comunica sin quedar exhaustivamente comprendido, permaneciendo así irreductible a toda apropiación conceptual cerrada.

Derrida insistió, además, en que la deconstrucción no es un ejercicio nihilista, sino una exigencia ética. La apertura del sentido implica responsabilidad frente al otro, frente a lo que desborda mis categorías. En este punto, la deconstrucción se aproxima a una ética de la hospitalidad y del don, categorías que resultarán fundamentales para la teología débil. Derrida (1992) señala que el don auténtico es aquel que no entra en una economía del intercambio, la hospitalidad plena es la que acoge al otro sin condiciones. Ambas nociones introducen una lógica de gratuidad que resiste toda apropiación.

En paralelo, el pensamiento de Gianni Vattimo (1988) desarrolla una lectura hermenéutica de la posmodernidad bajo el concepto de “pensamiento débil” (*pensiero debole*). Para Vattimo, la historia de Occidente puede interpretarse como un proceso de debilitamiento del ser, en el cual las estructuras metafísicas fuertes se disuelven progresivamente. Este debilitamiento no debe ser entendido como decadencia, sino como una oportunidad emancipadora entendida como la superación de la violencia asociada a la verdad única y a la autoridad absoluta. El cristianismo ocupa un lugar central en esta interpretación. La encarnación y la kenosis de Dios representan, en el pensamiento de Vattimo (1995), el paradigma religioso del debilitamiento ontológico, pues Dios renuncia a su trascendencia soberana y entra en la historia humana.

Sin embargo, la lectura caputeana se distancia de Vattimo en un punto crucial. Mientras este último tiende a interpretar la debilidad en clave ontológica e histórica, Caputo la reinscribe en el registro evangélico del acontecimiento. Para Caputo (2014), la debilidad no describe un proceso metafísico del ser, sino la forma concreta en que Dios actúa, o mejor, insiste, en la historia. El poder de Dios no es el poder de la causalidad eficiente, sino el poder vulnerable del amor que llama sin imponerse.

Este desplazamiento resulta decisivo para la teología. La crítica posmoderna a los fundamentos no conduce, en Caputo, a la disolución del discurso teológico, sino a su desontologización. La teología deja de preguntar por

el ser de Dios para atender al acontecimiento que su nombre designa. En lugar de un Dios presente como fundamento, emerge un Dios que viene, que se anuncia como promesa y que depende, en cierto sentido, de la respuesta humana para hacerse historia.

Así, la posmodernidad no aparece como enemiga de la fe cristiana, sino como condición de posibilidad para una purificación del discurso teológico. Al debilitar las pretensiones de soberanía metafísica, abre un espacio para pensar a Dios desde la cruz, la hospitalidad y la justicia. La teología débil se sitúa precisamente en este umbral, allí donde la deconstrucción filosófica y la tradición cristiana convergen en una crítica común al poder y en una afirmación compartida de la vulnerabilidad como lugar teológico.

3. La teología débil de John D. Caputo

La contribución más original de la teología de John D. Caputo consiste en el desplazamiento radical del lenguaje teológico desde la categoría de ser hacia la de acontecimiento. Este giro no responde a una estrategia retórica ni a un simple ajuste conceptual, sino a una crítica de fondo a la manera en que la metafísica occidental ha configurado la comprensión de Dios como ente supremo, causa primera y soberano absoluto. Para Caputo, esta imagen de Dios, aun cuando haya servido históricamente como garantía de sentido, se ha vuelto teológicamente problemática, no solo por su escasa plausibilidad filosófica en contextos posmetafísicos, sino también por sus efectos éticos y eclesiales.

En su obra “La debilidad de Dios: una teología del acontecimiento”, Caputo propone una tesis decisiva: el nombre de Dios no designa una entidad, sino un acontecimiento “La modesta propuesta que hago en este libro es que el nombre de Dios es un acontecimiento, o más bien que alberga un acontecimiento, y que la teología es la hermenéutica de ese acontecimiento” (Caputo, 2014, § 85). Esto implica que Dios no se deja pensar adecuadamente en términos ontológicos, como si fuera un objeto disponible para la razón o un fundamento estable del orden del mundo. El acontecimiento, a diferencia del ente, no posee consistencia ontológica propia, no existe como algo dado, sino que acontece como interrupción, como llamada, como promesa que desborda cualquier forma de control conceptual. “El nombre de Dios, hemos sostenido, es el nombre de un acontecimiento, no de una entidad; el nombre de algo incondicional, el objeto y el sujeto del amor incondicional y de la esperanza incondicional, lo cual nos concierne absolutamente” (Caputo, 2014, § 227).

La fórmula más conocida de esta reconfiguración es la afirmación “Dios no existe; Dios insiste”, entendida como crítica a una ontología cerrada y no como negación de la existencia real de Dios.

Cuando hablo de la “insistencia de Dios”, me refiero a que Dios no existe ni subsiste, sino que insiste, mientras que es el mundo el que existe. La insistencia de Dios requiere su inexistencia. La existencia del mundo requiere la insistencia de Dios. El nombre de Dios es el nombre de una llamada o solicitud insistente que se dirige al mundo, y que Dios llegue a existir depende de si resistimos o apoyamos esta insistencia. La insistencia de Dios significa que Dios insiste en existir. (Caputo, 2014a, § 26) [Traducción del autor]¹.

3.1 Tensiones ontológicas: el Ser frente al Acontecimiento y la paradoja paulina

Para profundizar en la densidad analítica de la teología débil, es imperativo abordar la tensión dialéctica entre la ontología tradicional y la categoría caputeana de acontecimiento. Mientras que la ontoteología busca asegurar la divinidad bajo la égida de un “Ser Supremo” (*ens supremum*) dotado de omnipotencia y permanencia, Caputo propone una desontologización que sitúa a Dios en el registro de lo que insiste como llamada, más que de lo que existe como entidad. Sin embargo, esta ruptura con el ser no está exenta de cuestionamientos críticos que invitan a una problematización necesaria. Desde la perspectiva de críticos como Olivia N. Click, se plantea el debate sobre si el “ser” es meramente una construcción limitante o si, por el contrario, resulta esencial para garantizar la apertura del incondicional (Click, 2022, § 53). Además, sostiene que afirmar que el incondicional “tiene ser” no necesariamente implica una recaída en una ontoteología reduccionista (Click, 2022, § 66). Al contrario, el ser actuaría como el elemento que asegura que la posibilidad del acontecimiento permanezca real incluso ante la perspectiva de una nada absoluta (Click, 2022, § 61). Si el incondicional se reduce exclusivamente a una “llamada” carente de toda potencia entitativa, un escenario de nada absoluta, donde no existan sujetos para responder, significaría la absorción definitiva de la llamada por el vacío, invalidando la apertura hacia el futuro que la teología débil pretende proteger. Así, el ser es reinterpretado no como una clausura metafísica, sino como la iniciativa misma de la incondicionalidad que permite que lo inesperado emerja incluso del silencio más profundo (Click, 2022, § 64).

Esta tensión ontológica encuentra un correlato exegético fundamental en la figura de San Pablo. Caputo rescata con audacia la “debilidad de Dios” expresada como:

Porque el mensaje de la cruz es locura para los que se pierden; pero

¹ When I speak of the ‘insistence of God’ I mean that God does not exist or subsist but that God insists, while it is the world that exists. God’s insistence requires God’s inexistence. The world’s existence requires God’s insistence. The name of God is the name of an insistent call or solicitation that is visited upon the world, and whether God comes to exist depends upon whether we resist or assist this insistence. The insistence of God means that God insists upon existing. (Caputo, 2014a, § 26)

para los que nos salvaremos es fuerza de Dios. Como está escrito: Acabaré con la sabiduría de los sabios y confundiré la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde hay un sabio, dónde un letrado, dónde un investigador de este mundo? ¿Acaso no ha demostrado Dios que la sabiduría del mundo es una locura? (I Cor I, 18-20)

La cruz desestabiliza las pretensiones de sabiduría y poder del mundo, presentándose como una categoría subversiva y revolucionaria. No obstante, como advierte Élian Cuvillier, el propio Pablo parece “traicionar” esta visión radical en capítulos y epístolas posteriores al reinstaurar la figura de un Dios fuerte, apocalíptico y vengador. En pasajes como 2 Cor 5, 10, o en su visión del juicio final, Pablo recurre a un “as bajo la manga”: el poder apocalíptico que eventualmente aplastará a los enemigos de Dios, transformando la debilidad temporal en un triunfo soberano definitivo (Cuvillier, 2015, § 400).

Esta contradicción interna en el corpus paulino sugiere que la voz de Pablo, en ocasiones, cubre la voz de Jesús, sustituyendo el don absoluto del perdón por una economía del triunfo y la retaliación. Ante esta ambivalencia, la teología débil asume el desafío de seguir la lógica de la debilidad “hasta el final” (*to the end*), rechazando la compensación de la cruz con una metafísica de la gloria (Cuvillier, 2015, § 329). Al proponer un “cristianismo radical”, Caputo intenta resolver la tensión paulina manteniendo la insistencia de la llamada sin recurrir a garantías apocalípticas de fuerza, asumiendo que la verdadera potencia de lo divino reside en su capacidad de insistir desde la vulnerabilidad, sin transformarse nunca en un poder de imposición soberana.

3.2 De la ontología a la insistencia hermenéutica

Más allá de una reiteración tautológica sobre la naturaleza no impositiva de lo divino, la insistencia en la propuesta de Caputo debe comprenderse como una categoría hermenéutica fundamental que redefine el estatuto de la verdad teológica (Cuvillier, 2015, § 322). Esta categoría no describe una propiedad del ser, sino la fragilidad constitutiva de la interpretación cuando esta se despoja de las “armas de lo absoluto” (libros inerrantes, decretos infalibles o instituciones supremas) para seguir las huellas de un nombre que viaja “sin papeles” por la historia (Cuvillier, 2015, § 321). Mientras que la metafísica fuerte o la *theologia gloriae* operan mediante una fuerza de imposición ontológica que busca clausurar el sentido, la insistencia opera como una fuerza débil que solicita, provoca e interrumpe la quietud del presente sin determinarlo. En este sentido, la debilidad de Dios no debe conceptualizarse como una deficiencia de poder o una carencia de ser en términos privativos, sino como una “potencialidad de la nada” o una pasión por lo imposible que confronta radicalmente la omnipotencia ontoteológica (Cuvillier, 2015, § 324). Esta “nada” no es el vacío nihilista, sino la inexistencia creativa de la llamada (*call*) que, al no poseer una fuerza entitativa propia, depende enteramente de la respuesta humana para adquirir existencia en

el mundo. Al situar a Dios en el registro de la insistencia, Caputo desplaza el problema del “mal” y del “poder” desde un tribunal divino (teodicea) hacia la responsabilidad ética del sujeto (Cuvillier, 2015, § 369).

La omnipotencia es confrontada por esta potencialidad de lo incondicional que, al modo de la *khôra* platónica o el *tôhu va bohu* bíblico, introduce un elemento de indeterminación e inestabilidad en el centro de la creación, garantizando que ninguna estructura histórica o doctrinal pueda pretender la clausura definitiva del acontecimiento (Cuvillier, 2015, § 395). Por tanto, la insistencia es la vulnerabilidad del sentido que se niega a convertirse en ídolo, obligando a la teología a mantenerse como una “docta ignorancia” que espera, bajo la figura del “quizá”, la venida de lo impredecible (Cuvillier, 2015, § 351).

Un elemento central en esta propuesta es la categoría del “quizá” (*perhaps*), desarrollada con mayor amplitud en “The insistence of God” (Caputo, 2014a). El “quizá” no expresa duda escéptica ni indecisión paralizante, sino la estructura misma de la fe cuando se la libera de garantías metafísicas. Creer no es asentir a un conjunto de proposiciones verdaderas, es arriesgar una respuesta a una llamada que no ofrece seguridades. Para Caputo (2001) “toda calma es importunada por una pasión divina, una *perturbatio divina*, un trastorno divino, una agitación incansable con una pasión por lo imposible” (§44), es decir, una pasión que se mantiene abierta a lo que puede venir, aun cuando no haya promesas de éxito.

La fe, entendida desde esta perspectiva, no elimina la incertidumbre, sino que la habita. El “quizá” es el modo propio de la esperanza cristiana en un mundo marcado por la contingencia y la fragilidad. No se trata de resignación ni de relativismo, se trata de una confianza que renuncia al control. Pues, la teología débil no pretende resolver la tensión entre fe y duda, más bien busca asumirla como lugar teológico.

Este desplazamiento posee también una clara dimensión eclesial. En la medida en que la acción de Dios se manifiesta como una llamada que no se impone por la fuerza, la Iglesia no puede comprender su misión como la posesión o administración exclusiva de la verdad, ni identificarse sin más con la realización plena del Reino de Dios. La comunidad cristiana aparece, más bien, como el lugar donde se discierne y se ensaya históricamente una respuesta fiel al acontecimiento del Evangelio. En este sentido, la verdad del cristianismo no se acredita primariamente por su coherencia sistemática ni por su influencia social, sino por su capacidad de dar lugar a prácticas concretas de hospitalidad, justicia y cuidado, en las que se transparenta la acción de la gracia. La Iglesia no posee ni controla el misterio de Dios, sino que está llamada a acogerlo, anunciarlo y servirlo como signo histórico y sacramental de su presencia salvadora en el mundo.

En síntesis, la teología débil de Caputo propone una reconfiguración profunda del discurso teológico. Al pensar a Dios como acontecimiento que insiste, desactiva la lógica de la soberanía, asume el riesgo de la historia y reinscribe la fe en el horizonte de la responsabilidad ética. Lejos de empobrecer la teología, este desplazamiento la devuelve a su núcleo evangélico, el anuncio de un Dios que no domina, sino que llama, un Dios que no se impone, sino que espera, que no garantiza, sino que promete.

4. Deconstrucción teológica: don, hospitalidad e indecidibilidad

4.1 Gramática ética del acontecimiento

La teología débil encuentra en la deconstrucción no solo un instrumento crítico, sino una gramática ética y espiritual capaz de traducir el acontecimiento de Dios en prácticas históricas concretas. Lejos de operar como una estrategia de demolición del sentido religioso, la deconstrucción se presenta como una forma de fidelidad radical a la promesa evangélica, precisamente porque resiste toda clausura del sentido y toda apropiación soberana de lo divino. En este marco, Caputo reinterpreta teológicamente tres nociones centrales heredadas de la obra de Jacques Derrida: el don, la hospitalidad y la indecidibilidad.

Estas categorías no funcionan como conceptos aislados, sino como una constelación hermenéutica que permite pensar la fe cristiana más allá de los esquemas de dominio, causalidad y garantía. En conjunto, configuran una ética del acontecimiento, una manera de comprender cómo la insistencia de Dios se traduce en responsabilidad histórica sin convertirse en poder coercitivo.

4.2 El don: gratuidad sin economía

La noción de don ocupa un lugar decisivo en la reflexión de Jacques Derrida y se inscribe en el corazón mismo de su proyecto de deconstrucción. Lejos de entenderse como un simple acto de intercambio o de generosidad moral, el don funciona como una categoría límite que tensiona las lógicas de la economía, de la reciprocidad y del reconocimiento. En este horizonte, Derrida afirma que:

Para que haya un regalo, no debe haber reciprocidad, devolución, intercambio, contrarregalo ni deuda. Si el otro me devuelve, me debe o debe devolverme lo que le doy, no habrá habido un regalo, ya sea que esta restitución sea inmediata o esté programada por un cálculo complejo de un aplazamiento o diferencia a largo plazo. (Derrida, 1992, §12) [Traducción del autor]².

² For there to be a gift, there must be no reciprocity, return, exchange, counter gift, or debt. If the other gives me back or owes me or must give me back what I give him or her, there will not have been a gift, whether this restitution is immediate or whether it is programmed by a complex calculation of a long-

Por tanto, el don auténtico es, en sentido estricto, imposible, en el momento en que el don es reconocido como tal, agradecido o esperado como retribución, queda atrapado en una economía del intercambio y deja de ser don. El don verdadero exige una gratuidad radical, una ruptura con toda lógica de cálculo, mérito o compensación.

Caputo asume esta paradoja y la reinscribe teológicamente en la categoría de gracia la cual no puede entenderse como una transacción simbólica, un premio por la obediencia o un mecanismo de equilibrio moral, sin traicionar su carácter evangélico. La gracia acontece como exceso, como don sin porqué, como acontecimiento que irrumpe sin garantías ni condiciones.

Estén abiertos a la gratuidad, a la gracia, a la oportunidad, o quizás solo al 'quizás' de la vida, que la mantiene abierta, en movimiento. Digan sí a la gracia del día, desháganse de las ataduras del pasado y mantengan abierto el futuro, porque hoy rebosa de vida, de gracia, de espíritu, del don gratuito que disfrutan los lirios. (Caputo, 2014, §366)

Este desplazamiento tiene consecuencias decisivas para la comprensión de la relación entre Dios y el ser humano. La gracia no genera deuda, ni funda jerarquías espirituales, ni legitima exclusiones. Allí donde el don se convierte en instrumento de control, moral, sacramental o institucional, deja de ser don. La deconstrucción del don, en este sentido, no elimina la noción teológica de gracia, sino que la purifica de toda economía del poder.

Desde esta perspectiva, la salvación no puede concebirse como un bien acumulable ni como una posesión asegurada, sino como una experiencia siempre abierta, frágil, expuesta al riesgo del rechazo. El acontecimiento del don no se impone más bien se ofrece. Dios no se da para ser poseído, se da para ser acogido, o no, en la libertad humana. La debilidad de Dios se expresa aquí como renuncia a toda apropiación.

4.3 Hospitalidad: figura teológica del Reino

La segunda categoría central para Derrida (2003) es la hospitalidad (§146-147). El filósofo francés distingue entre una hospitalidad condicional, regulada por normas, identidades y fronteras, y una hospitalidad incondicional, que acoge al otro antes de saber quién es, antes incluso de saber si su llegada será beneficiosa o amenazante. Esta hospitalidad absoluta es, nuevamente, una imposible posibilidad, necesaria como horizonte ético, pero irrealizable en forma pura.

Caputo traduce esta paradoja en clave teológica y eclesial porque la hospitalidad es una de las figuras más elocuentes del Reino de Dios. El Reino no se manifiesta como un orden jurídico ni como una estructura

term deferral or difference. (Derrida, 1992, §12)

de pertenencia, sino como una apertura radical al otro, especialmente al extranjero, al pobre, al excluido: “Se supone que la hospitalidad significa acoger al otro. Pero normalmente significa ofrecer hospitalidad a quienes hemos invitado, pidiéndoles que sean discretos y no mencionen esta invitación a quienes no hemos invitado” (Caputo, 2016, § 26). [Traducción del autor]³

Esta concepción desestabiliza profundamente las imágenes eclesiales basadas en la identidad, la pureza o la autosuficiencia. Una Iglesia fiel al acontecimiento del Reino no puede definirse por la defensa de fronteras doctrinales cerradas, sino por su capacidad de acoger sin garantías (Francisco, 2013). La hospitalidad, en este sentido, no es una estrategia pastoral ni una virtud opcional, sino un criterio teológico de discernimiento: allí donde se niega la hospitalidad, se traiciona la insistencia de Dios.

La hospitalidad radical implica riesgo. Acoger al otro supone exponerse a la alteración de las propias categorías, a la pérdida de control, incluso al fracaso. Sin embargo, este riesgo no es un defecto, sino el lugar mismo donde acontece la fe. Una hospitalidad sin riesgo sería solo tolerancia administrada, en cambio, una hospitalidad vulnerable es consciente de que el acontecimiento de Dios no se deja domesticar.

4.4 Indecidibilidad: fe, decisión y responsabilidad

La tercera categoría clave, en la ética de Jacques Derrida, es la indecidibilidad, noción central que pone en cuestión toda comprensión de la decisión como mera aplicación de una norma previamente establecida. Para Derrida (2008, §55), una decisión auténticamente justa solo acontece allí donde ninguna regla, cálculo o procedimiento puede asegurar de antemano el resultado, es decir, en el espacio de riesgo e incertidumbre que hace posible la responsabilidad. Si una norma determina completamente la acción, no hay decisión, sino aplicación automática. La decisión auténtica emerge en el umbral de la indecidibilidad, cuando el sujeto debe responder sin garantías.

Caputo traslada esta estructura al ámbito de la fe. Creer no es adherir a una evidencia ni obedecer una norma segura, sino decidir sin certeza. La fe acontece allí donde no hay pruebas concluyentes ni fundamentos últimos.

El reino de Dios es una comunidad sin comunidad, una ciudad sin muros, una nación sin fronteras, una hospitalidad incondicional sin poder soberano, donde el procedimiento de decisión de admisión se basa en una santa indecidibilidad entre el que está dentro y el que está fuera. (Caputo, 2014, §, 522)

³ “Hospitality is supposed to mean welcoming the other. But normally it means offering hospitality to those whom we have invited, while asking them to be discreet and not mention this invitation to the others, whom we have not invited” (Caputo, 2016, § 26).

La indecidibilidad no paraliza la fe, sino que la hace posible, cuya comprensión tiene consecuencias teológicas profundas. En primer lugar, desmonta la idea de una fe garantizada por la certeza doctrinal o por la autoridad institucional, pues la fe no elimina el riesgo, más bien lo asume. En segundo lugar, reinscribe la fe en el horizonte de la responsabilidad ética. De modo que, decidir sin garantías implica hacerse cargo de las consecuencias de la decisión, sin poder escudarse en una voluntad divina claramente definida o en una norma absoluta.

La indecidibilidad, por tanto, no conduce al relativismo, sino a una exigencia mayor de discernimiento. Cada situación histórica requiere una interpretación responsable del acontecimiento. No hay recetas universales ni soluciones definitivas. La verdad del cristianismo no se posee, sino que se discierne en acto, en la respuesta concreta al clamor del otro.

4.5 Deconstrucción como fidelidad al Evangelio

Leída desde esta tríada, don, hospitalidad e indecidibilidad, la deconstrucción se revela no como amenaza para la fe cristiana, sino como una forma radical de fidelidad evangélica. Deconstruir no significa secularizar el cristianismo ni vaciarlo de contenido, significa impedir que se convierta en ideología, sistema cerrado o instrumento de poder. La deconstrucción mantiene abierta la promesa, resiste la tentación de clausurar el Reino en formas históricas determinadas. Caputo expresa esta convicción con claridad:

El trabajo teológico realizado aquí puede describirse como una hermenéutica del nombre de Dios, la explicación (*Auslegung*) de lo que se despliega en el acontecimiento de este nombre, o incluso como una deconstrucción, lo que significa liberar el acontecimiento que está atrapado en el nombre. El siguiente paso en esta hermenéutica, o deconstrucción, esta hermenéutica radical del nombre de Dios, es abordar lo que las Escrituras llaman el 'reino de Dios', que es donde el nombre de Dios se encarna, cobra carne y huesos, sangre y tendones, donde se extiende en el espacio y el tiempo. (Caputo, 2014, § 245)

Esta afirmación no identifica el Evangelio con una filosofía particular, sino que señala una afinidad profunda entre la lógica del Reino y la lógica de la deconstrucción. Ambas operan desde la debilidad, ambas resisten la soberanía, ambas se orientan hacia el otro. En este sentido, la deconstrucción teológica no destruye la tradición cristiana, más bien la libera de sus fijaciones metafísicas para devolverla a su dinamismo originario. La fe cristiana no se define por la posesión de la verdad, sino por la perseverancia en la esperanza; no por la certeza, sino por la hospitalidad; no por el poder, sino por la responsabilidad.

La gramática del don, la hospitalidad y la indecidibilidad configura así una teología que renuncia a dominar el sentido para dejarlo venir. En esa renuncia, que es también una *kenosis* del pensamiento, la teología débil encuentra su fuerza en la fuerza de un Dios que insiste sin imponerse y que confía su acontecimiento a la fragilidad de la historia humana.

5. Teología débil y tradición cristiana

5.1 Continuidad evangélica sin metafísica fuerte

Desde una perspectiva crítica, se podría pensar que la renuncia de la teología débil a una ontología fuerte de Dios implicaría la disolución del contenido dogmático de la fe y la pérdida de continuidad con la Escritura y la tradición eclesial. Sin embargo, la teología débil no pretende abandonar la tradición cristiana, sino liberarla de las formas ontológicas y soberanistas que históricamente han intentado garantizarla.

La clave de esta continuidad no metafísica se encuentra en una relectura *kenótica* del amor de Dios, tal como se manifiesta en la encarnación y se consume en la cruz. La debilidad de Dios, lejos de constituir una concesión a la sensibilidad posmoderna, remite al núcleo evangélico del cristianismo, un Dios que se da a conocer no mediante la afirmación de la omnipotencia, sino a través de la vulnerabilidad asumida; no clausurando el sentido, sino manteniéndolo abierto como promesa; no ejerciendo dominio, sino entregándose en un amor que renuncia a la imposición. En clave cristológica, esta debilidad no expresa impotencia, expresa la forma *kenótica* del amor divino, fiel a la lógica del Reino y reveladora de una fuerza que se manifiesta precisamente en la entrega.

5.2 Escritura y debilidad: una lógica bíblica no soberana

Desde una perspectiva bíblica, la teología débil encuentra un sólido anclaje en una lógica paradójica que atraviesa tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento. La elección de lo pequeño, lo insignificante y lo vulnerable constituye un motivo recurrente de la revelación bíblica. Dios elige a un pueblo menor, actúa a través de figuras frágiles y conduce la historia no mediante la imposición de la fuerza, sino a través de procesos abiertos y conflictivos.

Esta lógica alcanza su expresión más clara en la teología paulina cuando San Pablo afirma que “Dios escogió lo necio del mundo para confundir a los sabios, y lo débil del mundo para confundir a lo fuerte” (1 Co 1, 27), no propone una inversión estratégica del poder, sino una subversión radical de sus criterios. La debilidad no es un medio transitorio para alcanzar la fuerza, es más bien el lugar mismo donde se manifiesta la acción de Dios.

La famosa confesión paulina “cuando soy débil, entonces soy fuerte” (2 Co

12, 10) expresa esta paradoja teológica fundamental. La gracia no elimina la fragilidad, sino que se manifiesta en ella. Caputo interpreta esta lógica no como una exaltación espiritual del sufrimiento, sino como una crítica anticipada a toda teología de la gloria que pretenda asegurar la presencia de Dios mediante el poder, el éxito o la estabilidad institucional. La fuerza de Dios no se traduce en dominio histórico, sino en una insistencia amorosa que acompaña la fragilidad humana.

En los Evangelios, esta misma lógica se despliega en la praxis de Jesús. El Reino de Dios no se anuncia como instauración de un orden soberano, se anuncia como una cercanía frágil expresada en parábolas, gestos de hospitalidad, curaciones sin espectacularidad, encuentros marginales, etc. El Dios que Jesús revela, no controla el curso de los acontecimientos más bien se expone a ellos. La cruz, en este sentido, no es un accidente teológico que deba ser compensado por una metafísica de la omnipotencia, es el lugar donde la debilidad de Dios se manifiesta con mayor claridad.

5.3 Desliteralización y Theologia Crucis: El retorno a la letra frente a la gloria ontoteológica

Un aspecto fundamental para comprender el estatuto del lenguaje bíblico en la teología débil es el proceso de desliteralización (*délittéralisation*). Según Vincent Delecroix, este movimiento no debe interpretarse como un abandono del texto sagrado en favor de una abstracción filosófica, sino paradójicamente como un retorno a la literalidad de la letra frente a su “traducción” religiosa y ontoteológica tradicional (Cuvillier, 2015, § 385). Para Caputo, la ontoteología ha “literalizado” el texto al convertir eventos hermenéuticos en entidades metafísicas estables —como un “Ser Supremo” o un “Creador Omnipotente”—. La desliteralización, por tanto, busca aligerar la carga ontológica del lenguaje bíblico para liberar el acontecimiento que este alberga en su interior (Cuvillier, 2015, § 382).

Esta operación se ejemplifica magistralmente en la relectura que Caputo realiza de los relatos del Génesis. Una lectura ad litteram del texto, despojada de las categorías griegas de omnipotencia y soberanía, revela que el relato no trata primordialmente sobre el “Ser”, sino sobre la vida (Cuvillier, 2015, § 391). Contra la doctrina clásica de la *creatio ex nihilo* (creación desde la nada), que Caputo identifica como una pieza maestra de la “teología fuerte” para asegurar un fundamento absoluto y cerrar la contingencia, la letra del texto sugiere más bien una *creatio ex profundis* (Cuvillier, 2015, § 392). En este escenario, Dios no actúa como un soberano que impone el ser sobre el vacío, sino como una fuerza débil que separa, ordena e insufla vida en un *tohu va bohu* o elemento primigenio ya presente. Esta “debilidad” del Dios creador no es deficiencia, es lo que garantiza la plasticidad y deconstructibilidad de la creación; al no haber un cierre metafísico absoluto, el mundo permanece abierto a la contingencia y a la irrupción de lo inesperado (Cuvillier, 2015, § 395).

Esta propuesta se vincula orgánicamente con la “*theologia crucis*” de Martín Lutero, la cual Caputo radicaliza y transforma en una hermenéutica general (Keen, 2021, § 180). Lutero denunciaba la *theologia gloriae* (teología de la gloria), que pretende observar a un “Dios desnudo” y omnipotente en el cielo desde una distancia neutral y racional. Frente a esto, el reformador sostenía que el verdadero Dios se encuentra oculto en el sufrimiento, la humillación y la debilidad de la cruz (*Deus revelatus et absconditus*). Caputo asume esta intuición luterana para desafiar las pretensiones de las teologías que buscan seguridades metafísicas y garantías absolutas.

Sin embargo, la teología débil va un paso más allá de Lutero al negarse a compensar la debilidad de la cruz con un triunfo apocalíptico posterior basado en la fuerza. Mientras que la teología de la gloria busca ídolos de poder y permanencia, la teología de la cruz de Caputo propone un cristianismo radical donde Dios insiste como una llamada que solicita nuestra respuesta, pero que carece de poder de imposición soberana. De este modo, la desliteralización del lenguaje bíblico permite que el creyente se encuentre no con un ente supremo que dicta leyes desde la eternidad, sino con el “Dios de la vida” que nos interpela desde la vulnerabilidad de las “calles sucias” de la historia (Kim, 2018, § 93).

5.4 Kenosis y desontologización del discurso cristiano

La categoría cristológica de la *kenosis* (Flp 2, 6–11) resulta central para comprender la continuidad entre la teología débil y la tradición cristiana. El himno cristológico no describe simplemente una estrategia salvífica, sino una forma de ser de Dios pues, Dios no se aferra a su condición, no se afirma como soberano, sino que se vacía, se expone, se entrega. La encarnación no es la entrada de un ente omnipotente en la historia, sino la renuncia a toda forma de garantía ontológica.

Caputo lee la *kenosis* no como un episodio puntual, sino como un principio teológico permanente, pues la debilidad de Dios no comienza con la encarnación ni termina con la cruz, sino que constituye la lógica misma del Reino. En este sentido, la teología débil no añade nada extraño a la tradición cristiana, sino que radicaliza su núcleo *kenótico*, despojándolo de las mediaciones metafísicas que históricamente intentaron protegerlo.

Este gesto implica una desontologización del discurso cristiano, no su vaciamiento. Desontologizar no significa negar la realidad de Dios, sino resistir la tentación de traducirla en categorías de dominio, sustancia o causalidad fuerte. El Dios cristiano no se deja decir adecuadamente en el lenguaje del ser, sino que se anuncia en el lenguaje de la promesa, del llamado y del acontecimiento.

La tradición cristiana ha oscilado históricamente entre estos dos registros, uno narrativo, simbólico y performativo; otro metafísico, sistemático y

garantizador. La teología débil se sitúa decididamente en el primero, no por rechazo de la tradición, sino por fidelidad a su origen evangélico.

5.5 Tradición como acontecimiento y no como depósito cerrado

Desde la perspectiva del punto anterior, la tradición cristiana no puede entenderse como un depósito estático de verdades, sino como un acontecimiento en curso. La revelación no se agota en formulaciones doctrinales, por necesarias que estas hayan sido en determinados contextos históricos. La tradición vive en la tensión entre memoria y promesa, es decir, recuerda lo recibido, pero permanece abierta a lo que aún no ha sido dicho.

Caputo insiste en que la fidelidad a la tradición no consiste en repetir fórmulas, sino en responder creativamente al acontecimiento que esas fórmulas intentaron nombrar. Toda interpretación doctrinal es históricamente situada y, por ello, provisional. Pretender clausurar la tradición equivale a traicionar su dinamismo interno. En este sentido, la deconstrucción no es enemiga de la tradición, sino su aliada crítica pues impide que la memoria se convierta en idolatría.

Esta comprensión permite superar la falsa alternativa entre dogmatismo y relativismo. La teología débil no afirma que “todo vale”, afirma que ninguna formulación vale de una vez para siempre. Así, la verdad cristiana no se posee como un objeto, más bien se discierne en la fidelidad al acontecimiento del Reino. La continuidad con la tradición no se mide por la repetición literal, sino por la capacidad de generar prácticas coherentes con el Evangelio.

5.6 Ortodoxia hospitalaria frente a dogmatismo identitario

Un concepto particularmente fecundo para describir esta relación entre teología débil y tradición es el de ortodoxia hospitalaria. La ortodoxia, entendida clásicamente como recta doctrina, ha sido con frecuencia asociada a mecanismos de exclusión y control identitario. Sin embargo, en clave caputeana, la verdad doctrinal solo conserva su sentido en la medida en que permanece abierta al otro.

La ortodoxia hospitalaria no renuncia al contenido de la fe, pero se niega a absolutizar sus formulaciones históricas. Reconoce que el lenguaje doctrinal es necesario, pero insuficiente, pues se trata de un lenguaje que orienta, pero no clausura; que guía, pero no sustituye el discernimiento ético. En este marco, la doctrina no funciona como frontera que separa a los puros de los impuros, sino como lenguaje compartido que busca mantenerse fiel al acontecimiento.

Esta forma de comprender la tradición tiene implicancias eclesiales directas. Una Iglesia que asume la debilidad de Dios no puede defender la verdad mediante la exclusión, la imposición o el miedo. La verdad del cristianismo

se verifica en su capacidad de hacer espacio, de acoger la diferencia, de sostener la tensión sin resolverla autoritariamente (Francisco, 2013, § 228). La tradición se mantiene viva no por el encierro defensivo, sino por su transmisión dinámica, bajo la guía del Espíritu Santo, en el anuncio y la encarnación siempre renovada del Evangelio.

5.7 Continuidad crítica y fidelidad creativa

En síntesis, la teología débil no rompe con la tradición cristiana, pues la relee desde su centro evangélico, liberándola de las mediaciones metafísicas que pretendieron garantizarla a costa de su dinamismo. La continuidad que propone no es repetitiva ni conservadora, es más bien crítica y creativa. Se trata de una fidelidad que asume el riesgo del tiempo, que reconoce la fragilidad del lenguaje y que confía en la potencia del acontecimiento.

La debilidad de Dios, tal como la piensa Caputo, no es una concesión a la crisis contemporánea, sino una recuperación radical del cristianismo como religión de la promesa y no del poder. En esa debilidad, escandalosa para toda lógica soberana, la tradición cristiana encuentra no su negación, sino su verdad más profunda.

5.8 Convergencias en la periferia: Teología débil, teología *Minjung* y la liberación latinoamericana

La propuesta de John D. Caputo no debe interpretarse como un ejercicio puramente intelectual restringido a la academia occidental; por el contrario, su teología débil encuentra resonancias profundas y diálogos necesarios con las teologías de los márgenes, particularmente con la teología de la liberación latinoamericana y la teología *Minjung* de Corea. Esta convergencia no es meramente temática, sino metodológica, al desplazar el centro de gravedad teológico desde la metafísica de los dogmas abstractos hacia la prioridad del *Sitz im Leben* (lugar en la vida) y el sufrimiento concreto de los oprimidos.

En este horizonte, tanto la teología débil como la teología *Minjung*, representada por figuras como Ahn Byung-mu, operan bajo una lógica del acontecimiento. Mientras que la teología tradicional “fuerte” se constituye como una hermenéutica interna al “nombre” y al sistema doctrinal, estas teologías se enfocan en los sucesos que ocurren bajo dicho nombre en las calles de la historia. Para la teología *Minjung*, los eventos de sufrimiento y resistencia del pueblo (el *minjung*) son el lugar donde “Jesús acontece” hoy; para Caputo, el nombre de Dios adquiere realidad solo cuando la insistencia de la llamada divina es traducida en existencia a través de actos de justicia.

Un punto de intersección fundamental radica en la redefinición del Reino de Dios. Al igual que la Teología de la Liberación, Caputo sostiene que el

Reino no representa un lugar físico o un orden intramundano asegurado por el poder, sino una “forma de gobernar” o un “modo de ser” que subvierte las lógicas soberanas, es un Reino “en minúscula”, un gobierno de la fuerza débil que privilegia sistemáticamente a los sujetos que la metafísica fuerte y el poder institucional han excluido: mujeres, niños, pobres, extranjeros y minorías discriminadas. Esta “política de la hospitalidad” no busca instaurar una nueva hegemonía, sino mantener abierta la herida de la justicia frente a cualquier estructura que pretenda clausurar el sentido del Reino en un presente estático.

Finalmente, esta perspectiva permite una lectura radical de la praxis eclesial en la que la Iglesia es interpelada a abandonar sus recintos de seguridad ontológica. Praxis que se convierte así en un servicio directo y vulnerable, una hospitalidad incondicional que asume que el acontecimiento de Dios puede infiltrarse en cualquier lugar, especialmente allí donde la vida está más amenazada. En última instancia, la teología débil y las teologías de la liberación convergen en una esperanza sobria, en una convicción de que el Reino es lo que “habrá sido” Dios, en la medida en que hoy seamos capaces de responder a su insistencia con actos de hospitalidad radical.

6. Iglesia en salida: implicancias eclesiales de la teología débil

6.1 Vulnerabilidad, hospitalidad y discernimiento comunitario

La reconfiguración teológica que propone la teología débil reclama, como se ha indicado antes, una encarnación práctica y eclesial que interpela las formas concretas de vida comunitaria, las mediaciones institucionales y los modos históricos mediante los cuales la Iglesia testimonia el acontecimiento que confiesa.

Si el nombre de Dios designa un acontecimiento que insiste sin imponerse, entonces la Iglesia no puede comprenderse a sí misma como instancia soberana que administra lo sagrado, sino como espacio histórico de respuesta, siempre provisional, a esa insistencia. En este sentido, la teología débil ofrece un marco particularmente fecundo para repensar la identidad, la misión y las estructuras eclesiales en clave de vulnerabilidad, hospitalidad y discernimiento.

La noción de “Iglesia en salida” (Francisco, 2013, § 20-24) encuentra aquí una fundamentación teológica profunda. No se trata simplemente de una consigna pastoral ni de una estrategia misionera, sino de una consecuencia eclesiológica de la debilidad de Dios. Una Iglesia en salida es aquella que renuncia a la autorreferencialidad, acepta la pérdida de control y se expone al riesgo del encuentro con el otro, especialmente con quienes habitan las periferias sociales, culturales y existenciales.

6.2 Vulnerabilidad como principio eclesiológico

En el desarrollo histórico de su autocomprensión, la Iglesia ha articulado su identidad y su misión mediante categorías de estabilidad, autoridad y continuidad institucional. Sin embargo, Caputo sugiere que una Iglesia fiel al acontecimiento del Reino debe asumir la vulnerabilidad como principio constitutivo, no como déficit a corregir.

La vulnerabilidad eclesial no equivale a fragilidad organizativa ni a relativismo doctrinal, sino a la renuncia a la soberanía. Una Iglesia vulnerable es aquella que reconoce que no posee a Dios, que no controla el sentido último de la historia y que no puede garantizar el éxito de su misión. Esta conciencia no paraliza la acción eclesial, por el contrario, la libera de la lógica de la eficacia y la abre a una praxis evangélica más humilde y creíble.

Desde esta perspectiva, los escándalos eclesiales contemporáneos, especialmente aquellos vinculados al abuso de poder, no pueden abordarse únicamente mediante reformas administrativas o disciplinarias, pues revelan una crisis teológica más profunda, relacionada con imágenes fuertes de Dios que legitiman estructuras cerradas y autoritarias. La teología débil propone una conversión más radical que se trata de no solo cambiar procedimientos, se trata más bien de una apuesta por debilitar las lógicas de dominación que han configurado la vida eclesial.

6.3 Hospitalidad eclesial y periferias

La hospitalidad, desarrollada previamente como categoría teológica, adquiere aquí una densidad eclesial concreta. Una Iglesia en salida no se define por la ampliación de su influencia ni por la defensa de su identidad frente a la diferencia, sino por su capacidad de acoger sin garantías. Esto implica un desplazamiento desde una eclesiología centrada en la pertenencia hacia una eclesiología del encuentro.

La hospitalidad eclesial no se reduce a gestos asistenciales ni a políticas de inclusión superficial. Supone una disposición estructural a dejarse afectar por la alteridad, incluso cuando esta cuestiona prácticas, lenguajes o seguridades doctrinales lo que implica que acoger al otro no consiste simplemente en un gesto de apertura o tolerancia, sino en exponerse al acontecimiento que ese otro encarna, aceptando de antemano la ausencia de garantías sobre las transformaciones personales, comunitarias y eclesiales, que tal encuentro puede suscitar.

Las periferias, sociales, culturales, existenciales, no son entonces espacios secundarios de la misión, sino lugares teológicos privilegiados. Allí donde la vida es más frágil, donde el sufrimiento se hace visible y donde las promesas del progreso han fracasado, la insistencia de Dios se vuelve más

apremiante. Una Iglesia que permanece en el centro, protegida por sus estructuras, corre el riesgo de no escuchar esa insistencia.

6.4 Sinodalidad y discernimiento sin garantías

La teología débil ofrece también una clave decisiva para pensar la sinodalidad, entendida no solo como método de gobierno, sino como forma de ser Iglesia. Si la verdad no se posee como un objeto cerrado, sino que se discierne en la respuesta al acontecimiento, entonces la vida eclesial requiere espacios reales de escucha, deliberación y decisión compartida.

La sinodalidad, en este marco, no garantiza unanimidad ni elimina el conflicto. Por el contrario, asume la indecidibilidad como condición estructural del discernimiento eclesial. Decidir sin garantías implica aceptar que ninguna decisión eclesial está completamente asegurada por la voluntad de Dios, entendida de manera transparente e inmediata. Toda decisión es una interpretación arriesgada del acontecimiento del Reino.

Este enfoque cuestiona tanto el autoritarismo doctrinal como el consenso superficial. La sinodalidad no consiste en sumar opiniones ni en diluir la verdad, sino en asumir colectivamente la responsabilidad de responder al clamor de Dios en situaciones históricas concretas. La autoridad, desde esta perspectiva, no se ejerce como imposición, sino como servicio al discernimiento comunitario.

6.5 Crítica a la autorreferencialidad y conversión pastoral

Uno de los riesgos más señalados por la teología débil es la autorreferencialidad eclesial, dígame, la tendencia de la Iglesia a hablar de sí misma, a proteger sus estructuras y a confundir la fidelidad al Evangelio con la preservación institucional. Caputo advierte que toda institución religiosa corre el peligro de absolutizar sus mediaciones históricas y de sustituir el acontecimiento por su representación.

La conversión pastoral que exige una Iglesia en salida no consiste simplemente en cambiar estilos o lenguajes, sino en descentrarse radicalmente. La Iglesia no es el Reino de Dios ni su garante, sino que es, en el mejor de los casos, un signo frágil de su venida. Cuando olvida esta condición, corre el riesgo de convertirse en obstáculo para el acontecimiento que dice anunciar.

La teología débil ofrece aquí un criterio crítico fundamental, toda práctica eclesial debe ser evaluada por su capacidad de generar hospitalidad, justicia y cuidado. Allí donde la Iglesia se cierra, se defiende o se impone, la insistencia de Dios se ve sofocada. Allí donde se expone, escucha y acompaña, el acontecimiento encuentra espacio para acontecer.

6.6 Iglesia como laboratorio del “quizá”

En última instancia, una Iglesia inspirada en la teología débil se configura como un laboratorio del quizá. No un lugar de certezas absolutas, sino un espacio donde se ensaya la fe sin garantías, donde se aprende a vivir la esperanza en medio de la fragilidad. Esta Iglesia no promete seguridad, pero ofrece compañía; no ofrece respuestas definitivas, pero sostiene la pregunta; no domina el sentido, pero cuida la promesa.

En este sentido, la Iglesia en salida no es una Iglesia fuerte que conquista el mundo, sino una Iglesia vulnerable que camina con él. Su credibilidad no depende de su poder, sino de su capacidad de permanecer fiel a un Dios que insiste sin imponerse. La teología débil no debilita a la Iglesia; la devuelve a su vocación más profunda, ser signo de un Reino que viene siempre como don, como llamada y como esperanza.

7. Implicancias éticas y pastorales

Al comprender el nombre de Dios como una llamada que acontece en la historia sin imponerse, la teología de Caputo desplaza el centro de la fe hacia una praxis ética, pastoral y política fundada en la responsabilidad. Si Dios no actúa como soberano que controla los acontecimientos, sino como insistencia vulnerable que solicita respuesta, la vida cristiana no puede reducirse a la adhesión doctrinal, pues debe verificarse en prácticas concretas de justicia, cuidado y solidaridad. Esta ética no ofrece garantías absolutas ni elimina la ambigüedad de las decisiones; más bien exige discernir, en cada contexto, cómo responder al sufrimiento del otro y al clamor de la justicia. Por ello, la teología débil cuestiona toda forma de violencia religiosa, mesianismo político o imposición moral, proponiendo en cambio una presencia cristiana pública orientada al acompañamiento, la dignidad de los vulnerables y la transformación solidaria de las estructuras sociales.

En el plano pastoral, esta perspectiva redefine la autoridad como servicio y cuidado, no como control, invitando a que la Iglesia capaz de escuchar, acompañar y arriesgarse sin quedar prisionera de la mera conservación institucional. Finalmente, esta comprensión sostiene una esperanza que no promete el triunfo histórico del bien ni un progreso garantizado, pero afirma que, incluso en medio de la fragilidad, vale la pena actuar como si el mundo pudiera ser transformado por la promesa insistente de Dios.

8. Conclusión: La debilidad como verdad teológica y horizonte eclesial

El recorrido desarrollado en este artículo permite afirmar que la teología débil no constituye una concesión al relativismo posmoderno ni una ruptura con la tradición cristiana, sino una reconfiguración exigente de su inteligibilidad teológica. Al desplazar el discurso sobre Dios desde categorías ontológicas de soberanía hacia la lógica del acontecimiento que insiste, esta propuesta libera la fe de garantías metafísicas que históricamente han acompañado su formulación, sin renunciar por ello a su densidad doctrinal ni a su anclaje bíblico.

La debilidad de Dios no debe entenderse como carencia ni como simple metáfora, debe entenderse como forma teológica del amor, coherente con la lógica de la encarnación, la cruz y el Reino anunciado por Jesús. En este sentido, la renuncia a una metafísica fuerte no empobrece la fe, más bien la preserva de identificaciones indebidas entre verdad, dominio y control. La verdad cristiana no se impone como evidencia ni se administra como propiedad, en su lugar se ofrece como llamada que solicita respuesta.

Desde el punto de vista eclesial, la teología débil ofrece un horizonte fecundo para pensar una Iglesia en salida, capaz de asumir su propia vulnerabilidad como condición de credibilidad evangélica. Una Iglesia que no se concibe como garante del Reino ni como administradora exclusiva de la verdad, sino como espacio histórico de discernimiento y respuesta, siempre provisional, al acontecimiento que el nombre de Dios convoca. Esta perspectiva cuestiona las lógicas autorreferenciales y abre la posibilidad de una conversión pastoral que alcanza el nivel teológico de la autocomprensión eclesial.

En el plano ético y pastoral, la teología débil reinscribe la fe cristiana en la responsabilidad histórica. Creer no equivale a poseer certezas, sino a arriesgar una respuesta; orar no consiste en asegurar intervenciones providenciales, sino en disponerse a cooperar con la insistencia del bien; esperar no significa garantizar el futuro, sino perseverar en el cuidado aun cuando no haya garantías. En este marco, la verdad del cristianismo se verifica menos en la coherencia sistemática que en la capacidad de generar prácticas concretas de hospitalidad, justicia y acompañamiento.

En contextos marcados por la fragilidad, la pluralidad y la desconfianza hacia los discursos fuertes, la teología débil no propone una fe más simple, propone una fe más exigente; una fe que renuncia al poder para ganar en credibilidad, que acepta la incertidumbre como espacio de responsabilidad y que encuentra en la debilidad no su límite, sino su verdad teológica más profunda. Allí donde esta fe se vive y se ensaya en prácticas concretas de hospitalidad y cuidado, el acontecimiento de Dios continúa insistiendo en la historia.

Referencias

- Caputo, J.D. (1993). *Against Ethics*. Persea books.
- Caputo, J.D. (2001). *Sobre la religión*. Tecnos.
- Caputo, J.D. (2014). *La debilidad de Dios*. Prometeo Libros.
- Caputo, J.D. (2014a). *The insistence of God*. Indiana University Press.
- Caputo, J.D. (2016). *The folly of God. A theology of the unconditional*. Polebridge Press.
- Click, O. (2022). Being and the Unconditional: A Response to Caputo's Event. *Journal of Theta Alpha Kappa*, 46(1), 52-69.
- Cuvillier, E. y Renaud, P. (2015). *Études Théologiques et Religieuses* (Tome 90). Cairn.info.
- Derrida, J. (1972). *Positions*. Minuit.
- Derrida, J. (1992). *Given time: I. Counterfeit money*. University of Chicago Press.
- Derrida, J. (2008). *Fuerza de ley. El "fundamento místico de la autoridad"*. Tecnos.
- Francisco. (2013). *Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium*. Librería Editrice vaticana.
- Keen, C. (2021). Even when we disagree, we agree. *Wesleyan Theological Journal*, 56, 174-192.
- Kim, M. (2016). La «Teología Débil» de Caputo y la Teología de la Liberación de Ahn Byung-mu. Un estudio comparativo centrándose en la posibilidad de una teología para los débiles. *Religión y Cultura*, 30, 67-98. [Original en coreano]
- Liotard, J. F. (1979). *La condition postmoderne*. Minuit.
- Vattimo, G. (1995). *Más allá de la interpretación*. Ediciones Paidós.
- Vattimo, G. y Rovatti, P. A. (1988). *El pensamiento débil*. Cátedra.